

Cuarta Parte: Fujimori, expediente y destino (pp. 153-175)

El régimen. La asombrosa simbiosis

Comunidades de seres vivos viven en simbiosis cuando los beneficios son compartidos. La simbiosis es la asociación de simples individuos o de organizaciones más vastas. El término fue inventado en 1876 por el micólogo Anton de Bary. En nuestros días tiene diversas aplicaciones en disciplinas y sistemáticas distintas. Más allá de la frontera de los seres vivos, comienza a aplicarse a las relaciones de los seres humanos con especies domésticas, con el ecosistema, con las máquinas, en las relaciones de nuestra especie con la computadora y la inteligencia artificial. La relación simbiótica puede aplicarse al análisis sociopolítico. En especial, en el caso que nos ocupa, donde lo simbiótico procuró ventajas a sus asociados. El fujimorismo fue doble, supo adaptarse y adaptar a otros. Estableció redes de poder con los de arriba y también, lo que nos importa (porque lumpenburguesía siempre tuvimos), con los de abajo.

No me demoraré demasiado en esa primera etapa, de 1990 a 1993, cuando gana sorprendentemente las elecciones. La victoria no solamente sobre un candidato, sino la usurpación de la clase política, lo que entonces casi ni se nota, era la hora de los “independientes”. Admitamos que el inicio fue sobrecogedor, casi en el aire, y aunque los gremios empresariales aplauden el ajuste, no establecen de inmediato lazos orgánicos con el nuevo presidente. No es Pinochet. El vacío de poder es enorme, los apoyos provienen de grupos descolgados como los evangelistas, o de empresarios informales como San Román, o de amigos personales como Carlos Orellana, o de su entorno familiar, y de algunos amigos. A la usurpación continúa la improvisación. Los primeros pasos se limitan, como lo señalan diversos analistas, a aplicar el programa económico del Fredemo y a atender a la estrategia antisubversiva de los militares, pero esa etapa va a ser pronto franqueada. El andamiaje de poder, la base social popular, no vendrán de partidos ni de movimientos que lo apoyan, a los que nunca tomó muy en cuenta y a los que prefirió no organizar demasiado. Un rasgo de autoritarismo laxo.

La primera simbiosis se ha establecido hacia arriba. Y desde esta perspectiva, el fujimorismo es, de entrada, el gobierno de unas derechas mercantilistas y neoliberales. Es la inicial alianza con los empresarios, la tecnocracia, los detentadores del capital internacional y, lógicamente, con los militares y la policía. El eje de la política económica cambia por completo y hace entrar al Perú en la línea de generalizado neoliberalismo en la América Latina. Pero la simbiosis por arriba no fue ni calma ni clara. Los empresarios apreciaron el control de la inflación, la derrota de Sendero, las obras, los “grandes logros”. El modelo en ningún momento pareció garantizar un crecimiento a largo plazo, sin duda por la excesiva fragilidad ante la coyuntura: crisis asiática, el Niño. Pero también por causas que no pueden achacarse al azar climático o al desorden financiero externo, sino al enorme despilfarro de recursos para afianzar en los sectores populares la popularidad y la legitimidad del presidente-candidato. En diez años, el fujimorismo parece dar razón y a la vez

contradecir a sus socios capitalistas. Los neoliberales aplaudieron la reinserción internacional, el ajuste, el mercado. Sin embargo, no deja de tener razón Carlos Boloña al señalar que Fujimori se aparta del liberalismo estricto ya en su primer gobierno. El viraje es hacia el gasto público, al aprovechamiento de los enormes recursos para destinarlo al clientelismo. Un buen ejemplo es 1995, el año del doble éxito, económico y de unas presidenciales plebiscitarias, “resultado de una campaña sin debate y en la que el Jefe de Estado pasa el tiempo en inaugurar millares de pequeñas obras de infraestructura en los lugares más remotos tanto urbanos como rurales”¹⁰. (*L'Etat du Monde*, 1996). Es el año en que el sistema de partidos que provenía de los años ochenta es aplastado, sus representantes no logran sino un 15% del Congreso y el aprismo, con Mercedes Cabanillas, no alcanza sino el 4,1% de los votos. Sin el mínimo requerido (por aviesa ley del propio Fujimori), los partidos se encuentran en la imposibilidad de competir en las siguientes elecciones. Sólo hay una fuerza política viva, ni siquiera el fujimorismo: el propio presidente. Y él lo sabe y lo dice, “el poder soy yo”. Los peruanos sonrían, y siguen ocupados en sus labores. Acaso porque saben que ese poder es simulacro.

Cierto, el gasto público destinado al clientelismo hace aparecer un andamiaje de clientes. ¿Pero cortoplacismo (las “obras” de infraestructura son de corto alcance y no destinadas a un proyecto de desarrollo popular, señala por la fecha Héctor Béjar) merece llamarse neopopulismo? El concepto es de Crabtree¹¹. Algo tiene en efecto de otros liderazgos populistas, pero sin la oratoria, el compromiso histórico y la pasión popular. Por Fujimori, en su mejor momento, hay simpatía, pero no esa tumultuosa identificación del pasado: “Haya o no haya, Haya será”, ni siquiera el mentiroso grito de “Chino, contigo hasta la muerte” que recibiera Velasco, y que luego las multitudes, tan volátiles, olvidaron. Si algunos afirman el populismo como un rasgo de la conducta política de Fujimori será por un estilo de relación directa que establece con la ciudadanía, pero sin más. Dudo que alguien estuviera dispuesto a dar la vida, como en el pasado caracteriza la entrega al líder populista, desde Haya de la Torre a Abimael Guzmán. Por lo demás, no me convence la reducción a lo viejo mediante la articulación de prefijos, revela que lo nuevo precisamente se escapa del acto definitorio. Cada definición del fujimorismo, en la abundante literatura sobre la materia, describe un aspecto del insólito régimen, pero sólo un aspecto. Cierto, fue una “democracia delegativa”, como sostiene Carmen Rosa Balbi¹², pero sólo por un tiempo. La delegación o vigilancia popular cesará más tarde, cuando marchas y mítines expresen repudio, en la hora fatídica de la propuesta reeleccionista. Ya no se vigilará al poder, se le rechazará. Cierto, es democracia “plebiscitaria”, pero hasta 1998, cuando ataca a órganos legales como el Tribunal Constitucional o controla el aparato electoral, los jueces, etc. Un caudillo plebiscitario no necesita del fraude. Lo de “dictadura mediática” describe un fenómeno, el uso de la “telebasura”, Laura Bozzo, los cómicos ambulantes, los falsos documentales a lo Lúcar y los diarios “chicha”, pero olvida el profundo a-legalismo del régimen. La mayoría de estas categorizaciones describen un aspecto fragmentario o episódico. El propio Fujimori reconoció que su régimen no parecía una democracia, lo de llamarla “sui generis”, es

tautológico. Peor fue llamarla “incompleta”. Todas las democracias lo son, es más, ésa es su fuerza, su incertidumbre e incompletud. Tampoco se reduce a lo militar, a lo neoliberal o a lo mafioso. Hay un momento en que el fujimorismo deja de ser un simple gobierno de derechas y se transforma, por su base social plebiscitaria y los lazos de servidumbre electoral y social que con ella establece, en un autoritarismo mañoso, sinuoso, desconcertante e inédito. Sin embargo arriesgaré en las conclusiones, un ensayo de definición.

Todo autoritarismo se monta no sobre una sociedad donde existen masas coherentes, en estado de protesta o de lucha, sino cuando precisamente se hunde el sistema de clases como consecuencia de una gran merma o depresión. En el Perú no hubo una enorme catástrofe sino dos. El empobrecimiento cuando gobernó García. Y el ajuste cuando lo aplicó Fujimori. Casi es un misterio cómo un país brutalmente pauperizado pudo soportar el “shock” o ajuste liberal cuando ya el nivel de vida había caído a menos catorce en 1989. Los peruanos recordaban las grandes movilizaciones obreras al final del gobierno militar de la década de los setenta. Esta vez no hubo ni asomos de resistencia. El ajuste, señala Degregori, se aplica “en las calles vacías de un país traumatizado por la violencia”. La explicación más inmediata es el jaqueo del senderismo, los bombazos, los crímenes, el terrorismo. Hay que decirlo, el generalizado temor a Sendero, concreto, real, en nada fantasmal. También se ha avanzado, como hipótesis, la presencia de las economías invisibles, la informal y la del narcotráfico. Con arreglo a ello, menos frágiles de lo que parecen, los peruanos habrían soportado el sinceramiento de los precios, los despidos, el fin de los subsidios, aunque algunos millones fueran a incrementar la extrema pobreza, unos dos millones más, exactamente¹³. Pero cabe siempre preguntarse qué ocurre, al nivel de las representaciones de lo social, cuando la miseria y la degradación humana se intensifican. Cuando un país desciende de pobre a niveles de generalizada miseria. En Perú, donde la cultura limeña impone sus eufemismos, no se dice miseria, se dice pobreza y extrema pobreza, sectores C y D. Con el deslizamiento a la miseria puede ocurrir que el sistema tradicional de lealtades se modifique. Los “pobres” abandonados a su suerte van a seguir haciendo política, pero no la que se espera de ellos. La que esperan izquierdas y derechas que no viven como ellos, obviamente. La miseria generalizada puede hundir el orden y el Estado, puede también, por paradójico que parezca, robustecerlo. Es, entonces, la hora de las revoluciones contrarrevolucionarias. Estoy diciendo, en una línea, en qué consiste el sorprendente drama del Perú de fin de siglo, y el de las izquierdas. La miseria es un arma de doble filo. Genera protestas, paros y violencia, pero igual genera formas o seudofomas de conservación social, y no sólo en las clases acomodadas, sino entre los mismos explotados y excluidos.

Hannah Arendt ha descrito ese fenómeno para explicar las bases sociales del movimiento totalitario en la Alemania nazi¹⁴. En el origen suele encontrarse un colapso, puede ser una guerra o una crisis, o ambas, como en la célebre (precisamente por su impericia) República de Weimar. El orden de un sistema de masas, que se expresa reivindicativamente pero dentro de la ley y la democracia, es reemplazado,

dice Arendt, por “grupos atomizados, indefinibles, inestables”. Las desgracias colectivas, los grandes desengaños vuelven a la gente, “o apática o estúpida”. Sobre ese fondo anómico y disgregado opera la propuesta autoritaria. Cuando la indiferencia a la política se combina con una cierta neutralidad partidaria, y por eso, todo autoritarismo cuenta con una población desprovista de educación política e inaccesible a los fundamentos de la acción de las elites, burguesas o clásicamente revolucionarias. La canalla, dice Arendt, el populacho, a la chusma. ¿La contenta barbarie? Quien lea estas líneas, encontrará, estoy seguro, extrañas concomitancias entre la desagregación social de Rusia y Alemania después de la guerra, y el Perú después de los años ochenta. El fascismo no son las masas regimentadas, los civiles en uniforme, los bosques de banderas, ésa es una consecuencia y un estilo que corresponde al clima bélico de la Europa entre dos guerras; también los comunistas, todo el mundo desfilaba con botas y militarizado. El autoritarismo deshace las clases y los individuos, y las vuelve a armar. Eso es lo esencial. Para lo cual, en el sinuoso caso peruano de los noventa, no fue necesario ni disciplina partidaria, ni oratoria sagrada (¿cómo, además, con un Fujimori gangoso?), ni jefes mesiánicos, sino “obras” para los pobres rurales y urbanos, “telebasura” y tecnocumbia para todos. El lavado de cerebros se hizo por otras vías. El rompan filas generalizado ante las grandes utopías sociales, la gran desilusión ante el aprismo de Alan, todo lo que se intentó y fracasó en un siglo XX peruano, preparó la privatización de la vida política con Fujimori. Fue la mayor de las privatizaciones.

La sociedad ya había comenzado a desmovilizarse (y a removilizar de manera conservadora, como veremos) con la crisis provocada por la no-administración García. Se debilitaron entonces —bajo un gobierno que se pretendía socialdemócrata— las identidades colectivas, de grupo y de clase, con las que los trabajadores habían respondido a otros ajustes en el pasado, como ante la segunda fase del gobierno militar. Así, como a una crisis se añadió otra, la del “shock”, el silencio de las calles al que se refiere Degregori vino a ser una suerte de terrorífica solidaridad negativa. Por cierto, esta actitud derrotista y apolítica no afecta a muchos miembros cultos y activos de las elites intelectuales, políticas y religiosas. En cambio es bien conocido que por esos años se debilitaron las organizaciones populares y ante el ajuste fujimorista, cuyos costos sociales eran evidentes, no hubo una gran respuesta callejera. Pero, a lo que iba, un autoritarismo no se instala solamente sobre una sociedad sin clases, de alguna manera vuelve a reconstituirlas.

La nueva forma de simbiosis creció, esta vez, hacia abajo. Estamos hablando de nuevos mecanismos de relación entre el Estado y los sectores populares, de 1995 al 2000, que llamaron la atención de varios observadores, a los cuales me referiré en las líneas que siguen. Sorprende, de entrada, la red de cooptaciones clientelistas “para satisfacción de necesidades inmediatas” que advierte Julio Cotler¹⁵. Sorprende que los nexos entre la sociedad civil y el Estado parezcan asumir “una decisión razonada y pragmática, una evaluación de costo/beneficio”¹⁶. El concepto de pragmatismo salta del discurso presidencial a la calidad que le otorgan los observadores, al comprobar que los atomizados actores sociales se relacionan con el Estado-Fujimori pero sin

entregarse del todo (Balbi, 1997. Tanaka, Degregori, 2000). Esta sociología política contradice lo que había afirmado la izquierda, la cual había admitido que las decisiones macroeconómicas debilitaban la democracia, pero insistía en reconstituir las dichas organizaciones populares. Los trabajos de Martín Tanaka, profesor de la Católica, tienen otra lectura, con las prudencias usuales en Lima, no fuera que lo tomaran por fujimorista. Señala, sin embargo, que el movimientismo, es decir, “los movimientos sociales activos de fines de los años setenta hasta gran parte de los ochenta”, no correspondían a la lógica de lo social surgida en los noventa. “Un significativo proceso paralelo de reestructuración que ha implicado una reconfiguración importante de las identidades políticas y sociales en el nivel popular”¹⁷. Toma en cuenta las iniciativas del Estado. “Fujimori desarrolló una estrategia para aumentar su respaldo electoral entre los sectores más pobres con miras a las elecciones generales de abril de 1995. Dicha estrategia se concentraba en el gasto social dirigido a los sectores populares, sobre todo en áreas rurales. Un instrumento clave de este programa fue el Fondo Nacional de Compensación y Desarrollo Social (FONCODES). Gracias a la recuperación experimentada por los ingresos estatales y a los recursos obtenidos con las privatizaciones, Fujimori pudo permitirse llevar a cabo un ambicioso programa de gastos”. Y toma en cuenta cómo se procesa y se actúa desde los sectores populares, para obtener servicios básicos, derechos de propiedad, o la atención del Estado. Hay un cambio en los patrones de socialización, advierte Tanaka. Si antes se politizaban los conflictos sociales, ahora los jóvenes que han crecido en un contexto donde hay mejoras, desde cines, comercios y discotecas (aunque todo precario), confían en sus redes sociales, de parentesco o vecinales, en un espacio público de proximidad. Tanaka no niega la necesidad de reconstituir las viejas identidades partidarias o sindicales, pero advierte de esta modificación decisiva. Quien se va a servir de las nuevas identidades populares surgidas en los años-Fujimori es el propio Fujimori.

Si bien existe un Estado que se sirve de la miseria (que sus propias medidas neoliberales ha incrementado) para darse una base social, no es eso todo. No son los tiempos de Leguía, ni de Odría. Las “masas” no están tan desamparadas. Lo que describe Tanaka, el cambio en los comportamientos y la mentalidad de los sectores populares, es confirmado por un estudio de campo del sociólogo japonés Yusuke Murakami. En “La democracia según C y D”¹⁸, la encuesta descubre diversas e interesantes actitudes. En primer lugar, la relación con el Estado no es de lealtad. “El gasto estatal es una respuesta al veredicto de los votantes”, había dicho ya Tanaka. Pero esta vez hay la confirmación de un juego de toma y daca. De un auténtico mercadeo político. “Los gobernados, en particular los sectores populares, siguen a los dirigentes o gobernantes no sobre la base de un acuerdo o convicción acerca de cierta línea o dirección, sino por un conjunto de expectativas y esperanzas de resultados, en las cuales hay diversos deseos y pensamientos, muchas veces contradictorios”. Así, al preguntar a los encuestados por el tipo de política que el próximo presidente debería asumir, el resultado fueron tres tendencias: liberal, intermedia, o sea, “que el Estado intervenga más”, e intervencionista, “que el Estado intervenga todo”. Así, las

denominaciones de tendencia plebiscitaria, pragmatismo, vigilancia o delegación, terminan por reagruparse y retroalimentarse. No hay pasión ni amor popular, hay cálculo. Las nuevas formas de la política sorprendieron incluso en las elecciones del 2001. Es la actitud de estoy (por tal candidato) un poco a favor y un poco en contra. Bien decía Flores Galindo en su carta-testamento a sus amigos de izquierda, y aquí extendible a todas las tribus políticas peruanas: “las masas no tienen dueño”.

Fuera de Lima, en provincias, donde las oficinas del Estado (FONCODES y PRONAA) se sustituyeron a los gobiernos locales, el fujimorismo también reclutó personal político. Es reveladora la información que proporciona sobre ciudadanía y perspectiva regional el informe de Degregori, José Coronel y Ponciano del Pino¹⁹. Lejos de los conos, buscan el efecto del fujimorismo en diez municipalidades ayacuchanas. Cuando en 1995 se realizaron elecciones municipales después de 15 años de interrupción debido al senderismo, no sólo los partidos políticos habían desaparecido de la escena, sino que el perfil sociocultural de los alcaldes era distinto. Más educados, bilingües y de zonas periféricas a la zona urbana, los comportamientos de estos líderes comunitarios —sigo el informe— se distinguían del antiguo “varayoc” que movilizaba a los campesinos para trabajos de obra pública. La pasión de los nuevos alcaldes son los proyectos de irrigación, agua, iluminación pública y otros servicios. Este clientelismo pragmático se acomoda bien al estilo del presidente Fujimori, “cuyo helicóptero aparecía en el cielo azul apenas sin advertencia” (p. 458).

Los antropólogos del informe se preguntan quién influyó en quién, el estilo comunal o el presidencialismo de los proyectos de infraestructura; en todo caso, un “tecnopopulismo”. “Desde el punto de vida institucional, señalan, el fujimorismo fue la fuerza más amorfa que surgió en el Perú en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, desde el ángulo de los actores sociales, especialmente en las áreas rurales del país, fue una entidad polimórfica. Dada la falta de una identidad oficial, todos podían imaginar e internalizar el fujimorismo como quisieran” (p. 460). Ramos, uno de los alcaldes más antiguos, lo había sido en 1970, y en 1977, un intelectual autodidacta, ve en Fujimori un sinónimo de obras públicas, “y en el presidente, uno de nosotros”. Autoritarismo y clientelismo confluyen, pero también inclusión, reconocimiento, meritocracia. Una trama muy compleja, más que regional, local. Y en Ayacucho, nada menos, donde el ejército y las rondas echaron a Sendero.

* * *

En definitiva, el fujimorismo fue una construcción política. No aplicó una pauta, la inventó, y ni siquiera del todo. Las líneas precedentes revelan que no se puede hacer del fujimorismo y de su crítica una suerte de rito de exorcismo para alejar de nosotros, por completo, el mal autoritario. El dictador puede que prefiera vivir en el Japón pero los componentes que lo constituyeron no se han disgregado en la sociedad peruana de nuestros días: el presidencialismo sin límites institucionales, la necesidad de un caudillo, la indiferencia de los anexados desde abajo al poder, a la lucha por el poder mismo. Cuanto más examino el proceso del fujimorismo, visto el apoyo desde los

conos y de los alcaldes provincianos que recibiera, y en el cual no sólo había interés sino simpatía, más me afianzo en la presencia de una ideología del conformismo social, ligada o justificada (en el sentido ideológico, como falsa conciencia) a una necesidad concreta de solución de problemas. Estos agregados o anexiones —como diría Pareto— permiten una combinatoria social muy particular. Los sectores populares no sintieron sino en casos extremos, que el fujimorismo fuese una desviación de las normas legales, porque en gran parte, semiciudadanos, ellos mismos excluidos, esas normas no les incumben, o funcionan autoritariamente en sus propios ámbitos, como los alcaldes y mandones ayacuchanos que describe Degregori. Así la desviación mayor o nacional del ilegalismo de Fujimori, desde 1992, o desde el 2000 al pretender la tercera reelección, se acomoda al conformismo dinámico de la base social, necesitada de “obras”. Son dos lógicas. Ambas con su propia legitimidad. El fujimorismo sólo perdió sus batallas cuando se puso duro. Permaneció porque supo mantenerse, de una parte, laxo, proteico (casi diría, peruano), de tal manera que los socios de arriba, los empresarios, y los de abajo, podían sentirlo suyo, sin que en realidad nada correspondiese a la esencia del propio régimen, que consistía en no tener ninguna. Se improvisó de comienzo a fin, fue una navegación sin perder de vista las concretas orillas. Por otra parte, esta ambivalencia le garantizó popularidad y supervivencia, pues evitando el peligro, propio de cualquier otro autoritarismo, de la tentación de adoctrinamiento, no teniendo ningún credo que vender, sostenido por el aire del tiempo en el cual el gran debate parecía haberlo ganado el más feroz liberalismo, pudo sustituir al aparato ideológico del Estado, órganos de publicidad y propaganda, por la retórica del entretenimiento, la “telebasura” y los diarios “chicha”. Lo cual se acomodaba a un profundo mito o creencia peruana (para el Inca, Virrey, o Caudillo): el buen presidente trabaja, y “hay que dejarlo trabajar”. La ambivalencia, el discurso deshilvanado del presidente, su falta de ideología, pudo irritar a los sectores cultos, la clase media profesional y a la elite, pero ni siquiera a fondo. La ilusión de un gobierno de técnicos habita nuestra sociedad, como en todas, desde la propuesta de Platón de los reyes-filósofos, es decir, el gobierno de los que saben. Lo cual no es sino una utopía reaccionaria. Su falta de identidad, en el hombre de Estado como en su régimen, finalmente resultó ser una ventaja en un país que tampoco tiene una muy definida.

La aventura del fujimorismo expresa, por una parte, la demanda imprecisamente formulada por capas de la sociedad para un desarrollo compulsivo y conservador, donde el propósito de orden y riqueza se impone a consideraciones de libertad, equidad y derechos humanos. Ésta sería la parte del rostro menos dañado del fujimorismo. Quisiera examinarlo antes de abordar la otra parte, el lado mafioso. Para lo cual voy a afirmar, aun a riesgo de ir a contracorriente, que la politización extrema de la sociedad peruana es un síntoma de debilidad de la misma, no de fuerza. Cuando se establece una racionalización jurídica y administrativa, lo que no es el caso del Perú, los individuos y las corporaciones están preservados de lo arbitrario, y de alguna manera, emancipados. El segundo postulado cae por su propio peso: a la correlativa debilidad de la sociedad corresponde el desmedido poder del Estado. Y esto no tiene

mucho que ver si existen empresas públicas o predomine el mercado. Me refiero a la cuestión de si la democracia o la libertad se mantienen, o no, mientras se afirma el proceso de pasaje de un sistema de capitalismo incipiente a otro avanzado. Con Fujimori queda en pie la duda de que ese tránsito pueda hacerse sin un fuerte poder de cohesión. Y a esto se refiere el profesor Tanaka en términos velados. Términos que se explican por el terrorismo intelectual limeño que hace que aun sociólogos tan lúcidos como el aludido, tengan que cubrirse con un lenguaje pleno de alusiones. Dice Tanaka en artículo publicado al final del fujimorismo: “Lo que debió ser una nueva ética del trabajo, la refundación del país después del descalabro, terminó siendo una mediocridad rampante, una lógica mezquina y excluyente, un coro áulico, sometimiento, una cultura del oportunismo, la yuca como símbolo nacional. Se hizo aflorar lo peor de nuestra identidad”. ¿Pero de qué es ese “nuevo orden” al que alude? De izquierda o socialdemócrata no sería. El desarrollo autoritario fundado en las ventajas de la heterogeneidad social y en la tradición de arbitrariedad y de capricho del gobernante. Y voy a decir lo que establece la línea divisoria entre este proyecto conservador y los otros dos, el chileno y el español. A diferencia de sus pares externos, el peruano no se apoya en una tradición de legalismo. Somos un país con muchos abogados pero donde la juridicidad resulta casi una utopía futurista. Hagamos bien claramente la salvedad entre legalidad y legitimidad. Como señalaba el filósofo español Julián Marías, Franco no tuvo legitimidad, pero sí se apoyó y buscó una línea de legalidad: Cortes, figura de “regente”, caudillo como cargo excepcional y pasajero, etc. Por otra parte, ni en Chile con Pinochet ni con Franco, regímenes abiertamente no democráticos, se intenta acudir a un juego abierto de comicios y partidos. La primera dificultad de Fujimori, tan clara como el agua, es que quiso ser una dictadura sustentada en un sistema democrático de consultas, tanto electorales como plebiscitarias y presidenciales. Por unos años, la extraña combinación pudo salir adelante, y luego ya no. Curioso autoritarismo de quien las circunstancias internacionales no le permitieron desembarazarse de las reglas y procedimientos de una verdadera democracia, a la que trucó, suplantó, caricaturizó. La otra hipótesis es que fue habitada, en las entrañas del poder, por un alma delincuencial. Y aquí tocamos el tema de la corrupción.

¿Cuándo se inicia? Los apoyos del “padrino” colombiano, Pablo Escobar, con fondos a Montesinos para la primera campaña electoral, hecho que ha sido revelados por la prensa, deja flotando la duda sobre los inicios mismos del sistema mafioso. Más sensato es considerar la importancia del conflicto armado con el Ecuador, y el relanzamiento, por obvias razones, de la compra formal de armas por parte del Perú. Ese conflicto fue para Fujimori, la cúpula militar y, sin duda, para Montesinos, un regalo de los cielos. El resto lo sabemos, y no vale la pena entrar en el detalle, aviones de combate sobrevaluados, entre otras adquisiciones. Estos fondos fueron a dar a las cuentas del SIN manejadas por Montesinos, y con ellas, al reparto meticuloso entre altos jefes militares, a la constitución de la “caja chica” del Doctor para la extensión del poder mafioso sobre políticos, periodistas, hombres de negocios, etc. Los dineros del Estado sirvieron para una guerra de posiciones al interior del propio Estado.

Obviamente, Fujimori implicado de manera indirecta (y según parece, por declaraciones recientes del fiscal Ugaz, de modo directo), no podía menos que intentar el III mandato. Así, a la pregunta sencilla que todo el mundo se hace hacia fines de 1999: ¿por qué no se va? ¿Acaso no es posible un fujimorismo sin Fujimori? La respuesta, monda y lironda, es que no podía hacerlo. Lo que separa el fujimorismo de otros regímenes autoritarios es el hecho interno de la inmensa corrupción y la apropiación privada e ilícita de fortuna mal habida a escala gigantesca. Se entiende que no pudiera irse. Queda claro, también, el inconfesado motivo por el que desde 1996 se abandona el modelo neoliberal para mantenerlo en sus vagas líneas macroeconómicas, pero usando los fondos públicos para un populismo asistencial con miras a la perpetuidad personal del poder. Se entiende que al comienzo Fujimori se sirva de Montesinos. Pero al final del régimen la correlación de fuerzas se ha invertido. Si Montesinos regresa de Panamá (antes de volver a huir) es porque se siente fuerte, incluso para un golpe de Estado, hipótesis no confirmada pero que la inconclusa historia de esos días terminará por confesar. Al final, el jefe de Estado es Montesinos, mejor armado (con 800 hombres de guardia, cosa con la que de lejos no cuenta Fujimori en su palacio), mejor informado, mejor relacionado con las fuerzas armadas, y con el medio extraordinario de chantaje de los videos. Pero el desenlace del desenlace es Fujimori sobreprotegido y en Japón, y Montesinos buscado y en peligro, quién sabe muerto, y en todo caso con riesgo de captura. Un paria. Al final, ganó el “chinito”.

Episódico, el poder de Fujimori-Montesinos, sin duda, pero no historia inconclusa. Conviene que diga, para concluir, sus grandes peligros, el alcance de su terrible herencia. Como en las familias en decadencia, también se heredan las taras. Ha probado con qué facilidad un gobierno que se sustituye a la democracia puede ligar “masas” y “elites”, sin caer en las retóricas ni de los caudillos ni de los fascismos históricos. Llevó consigo gente a su hechura, dura, oportunista, peleona como Martha Chávez, ilustrada como Tudela, y en su conjunto, una suerte de “clase dirigente” de sustitución, improvisada y sin muchos escrúpulos, que terminó por devorar su propia posibilidad mediante el enriquecimiento escandaloso, o la prepotencia, y en poquísimos tiempo. Acabo de decir que pudo ser, como autoritarismo un franquismo sudamericano, pero no lo fue. Demasiado amor al dinero fácil, a sentirse más allá del bien y del mal. El viejo complejo criollo de siempre, todo nos está permitido. Fueron una pérdida de tiempo. Lo cual no evita decir que en el porvenir, como las enfermedades mal curadas, pueda repetirse. No sé si es el último régimen del retardo histórico del siglo XX, o los preparativos para un siglo XXI de iguales o peores errancias. La cura está en la extensión de la democracia, la revolución pacífica del individuo autónomo y del ciudadano, pero ese vasto programa no es para un gobierno, ni únicamente para el entrante sino para varios. Acaso la obra de una generación. ¿Digamos el 2020? O habremos entrado a la fase de democracias modestas y constructivas o habremos desaparecido como nación, perdiendo el poco de soberanía que nos queda, envueltos en el torbellino no sólo de la historia, sino de nuestros propios e incorregibles defectos.

Notas

¹ Sally Bowen. *El expediente Fujimori. El Perú y su Presidente, 1990-2000*. Lima, Perú Monitor S.A., enero del 2000.

² Álvaro Vargas Llosa. *La contenta barbarie*. Barcelona, Planeta, 1993.

³ Luis Jochamowitz. *Ciudadano Fujimori. La construcción de un político*. Lima, Peisa, diciembre de 1993.

⁴ De Soto y otras opiniones. En: Sally Bowen, *op.cit.*, p. 7.

⁵ Jochamowitz. En: Sally Bowen, *op.cit.*, p. 12.

⁶ Mirko Lauer. *La República*, 5 de noviembre del 2000.

⁷ *Expreso*. Editorial del sábado 4 de noviembre del 2000.

⁸ Guillermo Thorndike. *Los imperios del Sol*, 1996.

⁹ La categoría del “outsider” ha sido invocada varias veces en otros contextos. Para explicar el origen de la inteligencia libre, “freischbewende Intelligenz”, o de intelectuales “flotantes”, la idea de Manheim, la cual les permitía, trascender su respectiva posición de clase. La teoría del “outsider” como dador de inteligibilidad ha sido retomada por el profesor mexicano Gil Villegas para explicarse el origen de la lucidez, si así podemos decir, de tres pensadores singulares: Simmel, Lúkacs y Ortega y Gasset (Cf. Gil Villegas. *Los profetas y el Mesías, Lúkacs y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900- 1929)*, Fondo de Cultura Económica, 1996). Villegas desarrolla el tema de la forma siguiente: “al no compartir (el ‘outsider’) todos los supuestos básicos de la concepción ‘relativamente natural del mundo’, el extranjero es capaz de cuestionar casi todo lo que parece incuestionable a los miembros del grupo social al cual se incorpora. (...) Por esta razón, el extranjero desarrolla una aguda sensibilidad para la incoherencia o incongruencia del esquema cultural abordado (...). El forastero es capaz de discernir entonces, en determinadas circunstancias, la aparición de una crisis que amenace todo el fundamento de la ‘concepción relativamente natural del mundo’, mientras que todos esos síntomas pasan inadvertidos a los miembros del endogrupo, habituados a confiar en la continuidad de su forma tradicional de vida”, p. 104. Gil Villegas hace referencia a un trabajo de Alfred Schutz, publicado en 1944 en el *The American Journal of Sociology*, Vol. 49, N° 6, traducido al castellano en A. Schutz. *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires, Amorrortu, 1974, pp. 95- 107).

¹⁰ *L'État du Monde*, París, La Découverte, 1996.

¹¹ “Neopopulismo y el fenómeno Fujimori”, pp. 45-73. En: John Crabtree, Jim Thomas. *El Perú de Fujimori*, Lima, IEP, Universidad del Pacífico, 1999.

¹² Carmen Rosa Balbi. “Le Fujimorisme, Délégation sous surveillance et citoyenneté, Problèmes d’ Amérique latine”. En: *La Documentation Française* N° 25, avril-juin, 1997, París.

¹³ “El Perú realmente existente“, CEDEP 31. Informe peruano no gubernamental a la red mundial del Social Watch. En el mismo número señala Héctor Béjar que el fujimorismo establece un trato particular con la pobreza. Incrementa la no extrema, subsidia la extrema, trabajando para aliviarla, no para eliminarla.

¹⁴ Hannah Arendt. *Les origines du Totalitarisme*. París, Seuil, 1972.

¹⁵ Julio Cotler. “Descomposición política y autoritarismo en el Perú”. En: *Revista del Centro de Estudios Constitucionales* N° 15. Madrid, CEP, 1993, p. 41, citado por

Eduardo Dargent en *Perú 2000, un triunfo sin democracia*. Lima, Comisión Andina de Juristas, Lima.

¹⁶ Carmen Rosa Balbi, *op. cit.*, p. 30.

¹⁷ Martín Tanaka. “Del movimiento a la media-política, cambios en las relaciones entre la sociedad y la política en el Perú de Fujimori”. En: John Crabtree. *El Perú de Fujimori*. Lima, IEP, 1999, p. 411.

¹⁸ Yusuke Murakami. “La democracia según C y D, un estudio de la conciencia y el comportamiento político de los sectores populares de Lima”. IEP, abril del 2000.

¹⁹ Cf. “Gobierno, ciudadanía y democracia: una perspectiva regional”. En: John Crabtree, *El Perú de Fujimori*, Lima, IEP, 1999, p. 437.

bloghugoneira